

Revista de la Facultad de Medicina

Volumen
Volume **45**

Número
Number **6**

Noviembre-Diciembre
November-December **2002**

Artículo:

Plegaria por el entorno. Editorial

Derechos reservados, Copyright © 2002:
Facultad de Medicina, UNAM

Otras secciones de este sitio:

- ☞ Índice de este número
- ☞ Más revistas
- ☞ Búsqueda

Others sections in this web site:

- ☞ *Contents of this number*
- ☞ *More journals*
- ☞ *Search*



Medigraphic.com

Editorial

Plegaria por el entorno

Manuel Quijano

a Armando Sandoval (*In Memoriam*)
autor de "Nada Animal me es Ajeno"

Es un lugar común reconocer y alertar por todos los medios de la insidiosa crisis ecológica que se cierne sobre el mundo; insidiosa y por ello más peligrosa, pues sus daños se harán evidentes dentro de algún tiempo, cuando este tercer planeta del sistema solar se haya convertido, si no en inhabitable, en insuficientemente productivo. Cuando hace dos millones de años surgieron los homínidos su impacto fue mínimo; pero al crecer su cerebro, expandirse por toda la superficie y aumentar su número a más de seis mil millones, han utilizado y cambiado el 40% de la tierra con siembras, pastoreo o bosques con enorme efecto sobre la atmósfera, los suelos y los océanos. Y, por si éramos pocos, la población en 50 países pobres se triplicará en el próximo medio siglo. El aumento de la capacidad humana para impactar, léase explotar, la naturaleza, junto con la explosión demográfica, terminaron con la sabiduría de las estructuras institucionales para la convivencia del hombre con su entorno. Personalmente, hasta ahora comprendo aquellos versos gongorinos que se recitaban en secundaria (cito de memoria): "Estos, Fabio, ay dolor, que ves ahora/campos de soledad, mustio collado/fueron otrora Itálica famosa".

Acaba de celebrarse una reunión cumbre en Johannesburgo para hacer un balance de lo logrado y como seguimiento de otra reunión en beneficio del mundo, que tuvo lugar en Río de Janeiro en 1992. El balance es desgraciadamente, muy negativo, deprimente, porque la situación actual es un desastre; y se reconoce abiertamente que ese desastre es obra del hombre; que la agresión despiadada al planeta tierra deriva de la industria, de la tecnología y de la explotación de sus reservas con fines crematísticos; y también de los hábitos de consumo y las formas de vida de los humanos, de sus usos y costumbres, de sus asentamientos indiscriminados, del abuso y destrucción de sus recursos, de los desechos que el hombre genera y, en una palabra, de la indiferencia del ser humano por la naturaleza. Hasta ahora, desarrollo ha implicado destrucción de la naturaleza.

La reunión de Johannesburgo intentaba crear un modelo de riqueza, bienestar y cohesión social que impida esa destrucción de la naturaleza, modelo al que llama de Desarrollo Sustentable, es decir duradero, que define como la capacidad y la libertad de las personas para vivir dignamente sin comprometer el potencial de las generaciones futuras. De entrada se re-

chazaba el modelo actual de producción y consumo del mundo occidental, que amenaza el equilibrio ecológico, y se deseaba protestar porque no se habían materializado los buenos propósitos expresados en Río, ni siquiera subscrito (notoriamente los Estados Unidos) el tratado de Kyoto que instaba a disminuir las emisiones de CO₂ que provocan el efecto invernadero y han permitido que la temperatura del globo haya ascendido 1 ó 2 grados, los casquetes de hielo de los polos se hayan retraído y el nivel del mar en algunas costas haya ascendido, por ahora en pequeñas proporciones pero el peligro se cierne grave para mediados de siglo. Lo triste es que aunque conocemos perfectamente bien la etiología y la patogenia del proceso: el CO₂, parte del ciclo de fotosíntesis, atrapa el calor en la atmósfera, pero sus niveles han crecido desde el inicio de la revolución industrial, sobre todo con el uso de combustibles fósiles y la quema de madera, lo triste es que nuestros remedios o medidas preventivas se quedan chicas: hasta ahora ni siquiera hay propuestas de nuevas opciones para sustituir el automóvil en el transporte, el uso múltiple del petróleo y la petroquímica.

Las unidades productivas económicas, sean públicas o privadas, ignoran todo lo que se sitúe fuera de su estrecho interés lucrativo (las privadas) o de su área geográfica de control (las gubernamentales). Y claro, los objetivos económicos no se corresponden con los de conservación del entorno. Tanto en los sistemas comunistas como en los capitalistas, las promesas de complacer al pueblo se confinan a cubrir sus necesidades materiales inmediatas; y lo hacen, además, incorrecta e insuficientemente.

El planeta tierra es acuático ya que tres cuartas partes de su superficie es ocupada por agua, pero apenas el 2% de ella es dulce y el resto salada o salitrosa. El agua es la misma desde hace millones de años y se recicla: evaporación, precipitación, escurrimiento superficial o profundo, ríos, lagos y océanos de donde vuelve a evaporarse. Y apenas el 1% del agua dulce es aprovechable: el 50% está congelada, el 30% son aguas freáticas en acuíferos de difícil acceso, y el 20% está en ríos o lagos. El 40% de la población mundial que vive repartida en 80 países, sufre de carencia grave de agua y en los últimos treinta años el aprovisionamiento de agua potable sólo aumentó en un 4%. Se afirma que 1,100 millones de habitantes del mundo no tienen acceso a agua potable y que para el año 2030, la mitad de la población mundial sufrirá escasez. La contaminación y la erosión han obligado a abandonar 10 millones de hectáreas de

tierras de riego y, en general, la dificultad de acceso y la mala calidad bacteriológica y química del agua de consumo son causa primordial de deficiencias en la salud individual y pública. En el D.F. la explotación del manto freático subyacente es mayor que la recarga y eso ha provocado el hundimiento de la ciudad, 7.5 metros en el último siglo.

La tala de bosques es una agresión a la ecología desgraciadamente global: dice el informe que anualmente se pierden 14.5 millones de hectáreas de bosques y únicamente se reforestan 5.2 millones; y esto ocurre en forma más grave, claro, en los países en vías de desarrollo pues Canadá, Europa y Rusia cuidan un poco mejor sus riquezas forestales. Los océanos, que todo el mundo cree inagotables, sufren al parejo de degradación, contaminación y pérdida de especies vivas, animales y plantas. Como el 40% de la población mundial habita en zonas costeras, los litorales, las lagunas costeras, los ríos son objeto permanente de atropellos de toda clase que merman su utilidad, sus bases de sobrevivencia y su belleza. Los desechos de toda clase, orgánicos e inorgánicos, se vierten al mar, cerca de la costa, que es donde abundan las especies vivas, mucho más que en alta mar y progresivamente las van extinguendo.

Se lee frecuentemente en la prensa informes sobre el número de especies animales terrestres que están en vías de extinción: se afirma que el 24% de los mamíferos y el 12% de las aves, lo que corresponde a más de 1,000 especies de cada grupo, son ya irrecuperables. Finalmente nos enteramos a menudo de los efectos perjudiciales de la llamada lluvia ácida, que contiene óxidos de nitrógeno y azufre, procedentes de las mismas fuentes, sobre bosques, lagos, ríos e inclusive las construcciones humanas de piedra y mármol, pues se están ya deteriorando gravemente y parecen perderse monumentos antiguos muy dignos de conservarse.

Para no seguir tan catastrofistas, reconozcamos que todos los países y sus gobiernos admiten oficialmente la existencia y magnitud del problema y, dentro de sus programas de desarrollo, hay proyectos muy publicitados para contener la destrucción ecológica y reparar o mejorar el hábitat humano. En todos los países se ha abierto el debate público, se han creado ministerios, instituciones, leyes, códigos y se han suscrito tratados internacionales. En otras palabras, el asunto se ha politizado... ¿es eso bueno? Parcialmente, porque ello no deja de arrastrar aspectos antipáticos y demagógicos, como el que en casi en todas partes existan partidos políticos "verdes", más o menos sinceros, más o menos eficaces, pero que en el balance final, al igual que la lucha de los gobiernos contra el uso y el abuso de drogas ilegales, se quedan chicos frente a la avidez depredadora del individuo y las colectividades.

Por otra parte, aunque el problema es global, sus consecuencias no se reparten con igualdad democrática: el subdesarrollo y la pobreza aumentan la vulnerabilidad ante todas las adversidades ecológicas, empezando por los desastres naturales, sequías, inundaciones, terremotos, volcanes etc. Incluso

en los países ricos, las clases sociales más débiles y marginadas sufren con mayor intensidad las consecuencias del deterioro del ambiente... y más difícilmente se prestan a forjarse una conciencia ecológica, a comprender y respetar cabalmente las medidas aconsejadas y se muestran más reacios a colaborar.

Todo esto viene, además, a confirmar las ominosas predicciones que el Grupo de Roma publicó, hace también treinta años, en *Los Límites del Crecimiento* en que presentaba cómo, ante el aumento de la población mundial y de la industrialización se reducía la extensión de las zonas de producción agrícola, que paulatinamente eran estranguladas por la urbanización y la sofocación tóxica de las fuentes de aprovisionamiento. Libro que, por cierto, criticaron los polítólogos por dudar, según ellos, del adelanto de la técnica y no tomar en cuenta el desarrollo de la ciencia política con su supuesta acción educadora de las masas.

La conclusión de la Conferencia Cumbre fue, como se adelantó, decepcionante sobre todo para los países más afectados, los pobres, pues los ricos son capaces de defender su entorno un poco mejor. Hubo una avalancha de discursos, quejas, advertencias, propuestas y estudios que se publicarán... y que nadie leerá. Aunque las resoluciones y promesas tratan de parecer optimistas y llenas de buena voluntad, queda la impresión de que muy poco variará en el futuro inmediato. Todos los representantes consideraron que Johannesburgo se convertirá, como Río, en una referencia tristemente negativa. No obstante, ha servido para concientizar nuevamente y en un grado más intenso a los países, sus gobiernos y a la población civil del gran pecado que es el mal uso y el desperdicio de los recursos naturales. Debemos convertirnos *TODOS* en socios, en defensores y en vigilantes.

Encuesta sobre universidades

En días pasados el periódico REFORMA llevó a cabo una encuesta entre estudiantes, profesores y empleadores de los egresados de muchas universidades, intentando medir la calidad de los nuevos profesionales, su satisfacción con los estudios y preparación, y la aceptación de los empleadores respecto a la procedencia institucional de los candidatos.

La metodología empleada podría ser cuestionada pero los resultados cuya interpretación es siempre ambigua, permiten de cualquier manera comentarios válidos. En cinco de las 16 carreras estudiadas, la UNAM ocupó el primer lugar en calidad y en otras dos carreras el segundo lugar. En cuanto a la preferencia de los empleadores, éstos dieron cierta preferencia a otras universidades en varias disciplinas de ingeniería, pero no así en medicina y en otras áreas.

Con esos datos, como interpretó el Rector, se rompen dos mitos más o menos generalizados: que la calidad de las instituciones privadas es superior, por ser privadas y por ser más pequeñas; y que los egresados de la UNAM no son bien aceptados. Además los egresados de la UNAM mostraron mayor orgullo y amor por su *Alma Mater* que los de todas las otras instituciones.